

La alegría de ser familia

Queridas hermanas,

Hemos recibido con alegría la Exhortación post-sinodal del Papa Francisco *La alegría del amor*, fruto de una amplia consulta a nivel mundial y de la reflexión de dos Sínodos de los Obispos. Un documento que presenta una verdadera y propia *carta de la familia* con la belleza y los desafíos que la acompañan en la luz del proyecto de Dios.

Pienso que el desafío de educar, hoy, nos compromete, como Familia salesiana y como comunidades educativas, a mirar con ojos nuevos a las familias concretas en los contextos donde trabajamos. El Papa Francisco, como un padre de familia, expresa su corazón de Pastor y de Padre valorando e integrando la rica aportación de los Padres sinodales.

En el Sínodo, como era su deseo, se ha hablado con humildad y *parresia* evangélica. Este método no ha evitado divergencias y discusiones, pero casi las ha solicitado en vista de una mayor riqueza de conjunto. *La alegría del amor* se presenta como un documento realista, positivo y propositivo e interpela con fuerza a nuestro Instituto, a los diferentes grupos de la Familia salesiana y a las comunidades educativas del mundo.

En esta circular ofrezco solamente ideas y perspectivas que pueden ayudarnos a mirar a la familia como un gran regalo para la sociedad y para la Iglesia, en tiempos no fáciles para esta institución. Siguiendo el método del Papa Francisco que parte de lo positivo, evidenciaré la belleza de la familia y algunos retos con los que está llamada a confrontarse. Presentaré algunos caminos de acompañamiento que nos interpelan de cerca no sólo para ayudar a

las familias, sino para ser cada vez más comunidad-*familia* valorando aquel don precioso que se llama "espíritu de familia". En un tercer momento me centraré en la dimensión de la educación de los jóvenes en la familia y a la familia.

La belleza de la familia y los retos de hoy

El Papa Francisco habla de ello en los primeros capítulos de *La alegría del amor*.

La belleza de la familia tiene en Dios su fuente y su modelo. Él no es soledad, sino misterio de comunión, Trinidad de Personas en recíproca relación, unidas por el vínculo del amor. Es interesante notar en el libro del *Génesis* la inquietud del hombre que busca una ayuda que sea semejante a él, que esté frente a él como ser que interpela, rostro a contemplar. Con este rostro, que se llama Eva, el hombre da origen a la familia. A partir de ahora los dos, según el mandato del Señor, serán *una sola carne* y los hijos considerados como brotes de olivo, plenitud de energía y vitalidad. Son los ladrillos de la familia, como indica la palabra *hijo (ben)*, que significa construir. Si los padres son el fundamento de la familia, los hijos son la plenitud de esta construcción, que se mantiene unida por la gracia del Señor. En vano se fatigarán los constructores, si el Señor no construye la casa.

La imagen de la casa es, por tanto, imagen de la familia. Por esta razón, también la Iglesia es definida como "casa y escuela de comunión". Desde el principio la casa es símbolo de la iglesia doméstica donde los cristianos se reunían para la celebración eucarística. En la familia, los hijos aprenden el alfabeto de la fe: la primera catequesis es implementada por los padres, maestros en la fe, que la transmiten de forma sencilla y familiar "de la vida a la vida". Pero también los niños son maestros. Jesús los propone como modelo de conversión.

Sabemos que el plan original de Dios sobre la familia ha sido roto por el pecado. Se inicia con la acusación recíproca, los celos entre hermanos hasta la eliminación violenta de Abel. La familia, amada por Dios que se entretenía con él en el jardín del Edén, conoce así la fatiga del trabajo, del sufrimiento, de la muerte. En este contexto de límite y de sufrimiento Dios decide habitar en la casa de los

hombres, enviarnos a su Hijo para compartir en toda nuestra condición. Él nació en una familia pobre y marginada. Se convierte en migrante para huir de la persecución, se gana el pan trabajando con su padre como carpintero, obediente a sus padres, pero al mismo tiempo mirando a otros valores. A los doce años hace comprender a los suyos claramente que para Él son prioritarios los intereses del Reino de Dios, sin embargo, vuelve con ellos en familia. Con el padre y la madre aprende a compartir la vida, el trabajo y la oración.

Iniciada su misión pública, hace el primer milagro en una casa a favor de una nueva familia. No falta lo necesario sobre la mesa. Falta la plenitud de la alegría a causa del vino que falta al final. Precisamente Jesús interviene para devolverles la alegría.

En una casa celebra su última Cena. Allí el mandamiento del amor asume la importancia más alta, porque no hay amor más grande que dar la vida por aquellos que se ama.

La fuerza de la familia reside en el amar y enseñar a amar, en el tender a la comunión. Por mucho que pueda ser herida una familia siempre puede crecer a partir del amor.

Por desgracia, nunca como en estos tiempos, la familia está sometida a ataques externos y a crisis internas que la debilitan. Por un lado, encontramos culturas patriarcales con exceso de machismo y sumisión unilateral de la mujer; en otras culturas se asiste a la desintegración jurídica de la familia. Un desafío emergente es la *ideología de género* que niega la diferencia entre hombres y mujeres, que socava la base misma de la familia, promueve la identidad afectiva desvinculada de las diferencias biológicas entre hombres y mujeres. Las características masculinas y femeninas dependen sólo de un hecho cultural por lo que se puede cambiar la identidad biológica según las tendencias y las elecciones individuales. También las biotecnologías representan un riesgo cuando tienden a manipular el acto generativo como si ser padres fuera componible.

Hay mucha fragilidad, es cierto, pero muchas encuestas revelan que la mayoría de los jóvenes sigue dando a la familia el primer puesto. No son pocos los que optan por la familia fundada sobre el matrimonio único e indisoluble. En los dos Sínodos las familias se han mostrado como un mosaico que incluye muchas realidades diversas, llenas de alegrías, dramas y sueños.

¿Cómo hacer para que la familia vuelva a desarrollar su misión específica de acoger, cuidar con amor, hacer crecer la vida y abrirla al mundo? Custodiar la vida es custodiar la humanidad. ¿Cómo acompañar a las familias en esta misión?

Líneas de acompañamiento

Estoy convencida de que para estar al lado de las familias, que nos confían a sus hijos y sus hijas para la educación o a las que nos acercamos directamente en los contextos de promoción humana, cultural o de evangelización, es importante que les ofrezcamos un testimonio de unidad y de comunión. Nuestro modo de vivir juntas puede ser un signo de que ser familia es posible y bonito aunque no sea fácil. Pero esto no es suficiente, aunque es el primero y más convincente camino de acompañamiento. Tampoco es suficiente llegar a las familias a través de los jóvenes y los jóvenes. Es necesario estar cerca de las familias, conocer sus retos, escucharlas y alentarlas y, en la medida de nuestras posibilidades, acompañarlas en el camino de crecimiento.

Durante las visitas he constatado una atención específica para estar al lado de las familias, para hacer juntas un camino de reciprocidad y buscar vías educativas adecuadas, para compartir alegrías y dificultades. Los frutos de esta atención ya se ven.

Puede ser que no tengamos preparación suficiente en este campo, pero siempre podemos desarrollar algunas sensibilidades, entrar en red con aquellos que tienen una misión explícita, colaborar con otras organizaciones e instituciones, con los grupos de la Familia salesiana, sobre todo con las Ex Alumnas, los Salesianos Cooperadores, la Asociación ADMA, con los padres y también los abuelos de los niños, chicas y chicos que frecuentan nuestros

ambientes, las familias a las que nos acercamos en nuestros ambientes, en las periferias.

El Capítulo General XXIII nos pide que nos dejemos interpelar por los retos actuales "apostando, junto a las mismas familias, por una *pastoral familiar* en sintonía con las orientaciones eclesiales, para acompañar a los jóvenes a madurar una visión de la vida y de la familia en línea con los valores cristianos" (*Actas CG XXIII*, n. 61,11). El magisterio eclesial contiene una riqueza a descubrir y profundizar siempre.

En *La alegría del amor* encontramos líneas claras de acompañamiento para las familias de hoy. Os invito a compartir, también como comunidades educativas, el maravilloso comentario del Papa sobre el himno a la caridad de S. Pablo, en el que reconocemos interesantes ideas de acompañamiento tanto para la familia natural, como para nuestras comunidades. Cultivando las actitudes de "paciencia, benevolencia, amabilidad, olvido generoso de sí, control de la ira, y predisposición a la paz; perdón, alegría, capacidad de excusarse, soportar, tener confianza en el cambio de la otra persona, evitando envidia y orgullo" (cf. cap. IV), la familia crece en la comunión y en el amor.

El amor no es algo estático, adquirido de una vez para siempre; en el amor conyugal se crece. La unión afectiva espiritual y oblativa es signo de la alianza indestructible de Cristo hasta la cruz y hace a los esposos capaces de amarse como Él mismo nos ha amado ¡hasta la cruz! En la visión cristiana que el Papa Francisco propone una vez más, el amor en el matrimonio es indisoluble, total y exclusivo, fiel y abierto a la generación. Un amor débil y enfermo cede más fácilmente a la cultura de lo provisional. En cambio si es vivido en la óptica de una alianza *para siempre* es capaz de luchar, renacer, reinventarse y empezar de nuevo (cf. n. 124).

Creer en el amor exige cultivar la alegría, andando más allá de la búsqueda obsesiva del placer, requiere respeto por la dignidad y la libertad de la otra persona, generosidad y amplitud de corazón también en el dolor y el sufrimiento.

Un amor vivido en la alegría es fruto de un esfuerzo compartido (cf. n. 130). No está libre de límites y riesgos, y exige una cuidadosa atención. Requiere aprender a reconocer los propios errores, respetar a la otra persona, darle las gracias por su presencia. Es un amor realista, capaz de aceptar las limitaciones y la pobreza de la otra persona. Así madura y crece en solidez (cf. n. 135).

El diálogo en la familia es el camino privilegiado para mantener vivo el amor. Requiere ascesis, paciencia en la escucha de las razones del otro. Del encuentro con un pensamiento diferente puede nacer una nueva síntesis. Siempre y cuando no se utilice un lenguaje moralista que culpabilice o hiera, o considere al otro como competidor, sino un lenguaje de escucha partícipe, de respeto y comprensión (cf. n. 140).

El amor verdadero en la familia no sólo es un bien para la solidez matrimonial, sino también símbolo del amor sobrenatural vivido como alianza esponsal. Requiere que los esposos y esposas vuelvan a elegirse cada día y durante largo tiempo, a lo largo de su existencia. Cuando el amor supera la emoción típica de la juventud, se convierte en signo de un amor más profundo, de un pertenecerse para siempre que abraza toda la persona y se expresa con una cercanía fiel y llena de ternura, también en la enfermedad (cf. n. 164).

El amor no puede agotarse en la propia pareja, el amor fecundo se abre a la vida: sabe acogerla, custodiarla y hacerla crecer. Es un amor de padre y de madre, ambos cooperadores de Dios en el generar la vida. No basta hacer nacer la vida, es necesario nutrirla y hacerla crecer. El amor del padre y de la madre es indispensable no sólo para el crecimiento de los hijos, sino también para el futuro de una sociedad que sea sencillamente humana. Hoy en día se constata que hay niños *huérfanos de padres vivos*.

Frente a las situaciones de fragilidad, de confusión en las teorías desestabilizadoras sobre la familia, nosotras ¿qué podemos hacer? Debemos tratar de conocerlas, pero también profundizar la visión cristiana del ser humano, para que seamos capaces de darnos

cuenta del punto de vista de la Iglesia en este sentido, entrando en diálogo con diferentes modos de pensar.

Es importante proponer con más convicción y testimonio la belleza de la familia fundada en el matrimonio, estar cerca de las familias heridas, lejanas, solas y abandonadas. Ninguno, dice el Papa, debe ser abandonado por la Iglesia. ¡Cuántas familias en dificultad encontramos en nuestra misión! No puedo dejar de pensar en tantas familias que se encuentran por las calles del mundo huyendo de la guerra y la pobreza, ¡en busca de un espacio más humano y habitable! ¡Cuánta espera para encontrar una escucha, una palabra, un gesto, una sonrisa que pueda cambiar su vida! Deseo que nuestras casas sean cada vez más oasis de acogida donde se pueda encontrar alivio y esperanza, entusiasmo por la vida. Jesús tiene necesidad de nosotras para manifestar hoy su corazón que se deja tocar por la compasión de todo sufrimiento.

Es bonito reconocer la existencia de familias que apoyan a otras familias, asociaciones o instituciones que son un verdadero bálsamo para quien está herido: un signo de la cercanía de Jesús mismo. Hay muchas familias que están abiertas al voluntariado, familias misioneras, familias que reciben a migrantes, que colaboran en las periferias y nos enseñan a ser comunidades más acogedoras y hospitalarias, a crecer en la capacidad de vivir juntas con alegría.

Como FMA en la Familia salesiana podemos destacar la importancia de la espiritualidad de la familia, animar a las familias a crecer en la fe y en el diálogo interreligioso, a escucharse, compartir sin prisas un tiempo de gratuidad, dejarse sorprender por pequeños gestos que puedan hacer la felicidad del cotidiano. De las familias nosotras mismas aprendemos a humanizar la vida y las relaciones, cómo vivir el don sponsal también en los momentos de dificultad.

Tratemos de vivir la propuesta del Papa Francisco valorizando el espíritu de familia, elemento característico del carisma salesiano. El artículo 50 de las Constituciones señala los elementos concretos para hacer realidad este don que requiere el compromiso de todas. Seguramente podremos sacar más fuerza para vivir la alegría de

sentirnos comunidades capaces de generar vida y esperanza para las nuevas generaciones.

La educación de los jóvenes en la familia y a la familia

La alegría del amor dedica el capítulo séptimo a la educación de los hijos: *Fortalecer la educación de los hijos*. Aquí emerge la sensibilidad y la experiencia del Papa Francisco que presenta criterios pedagógicos ricos de sabiduría y de gran humanidad. Querría dejar espacio a su palabra para que las líneas educativas que indica a las familias, pero que también considero importantes, las tengamos presentes en nuestra tarea educativa.

El afirma, que a pesar de los muchos signos de la crisis del matrimonio, el deseo de familia sigue vivo, especialmente entre los jóvenes (cf. n. 1).

La familia es la primera educadora, no sólo en un sentido temporal, sino también como modelo de "cómo educar", del que también aprende la Iglesia (cf. n. 66).

La Exhortación presenta, de forma clara y exigente, la responsabilidad de los padres de educar a sus hijos de forma consciente, entusiasta, razonable y apropiada (cf. n. 259). Las indicaciones ofrecidas son prácticas para una familia que asuma su compromiso hasta el fondo. La familia es el lugar de apoyo, acompañamiento y guía para los hijos. El tiempo que los padres pasan con ellos, hablando con sencillez y afecto de las cosas importantes, puede crear puntos útiles de referencia y ayudarles a orientarse en la vida, defendiéndose también de invasiones externas.

Sin embargo, observa el Papa, la atención obsesiva o de control no es educativa. Más que anticipar la vida de los hijos, se trata de generar procesos de maduración de su libertad para que puedan actuar con sabiduría y previsión en situaciones difíciles, proporcionando los medios para que tomen sus propias elecciones con sentido común.

Una primera indicación importante es la formación ética que no puede ser delegada a la escuela, sino que es tarea prioritaria de los padres (cf. n. 263). A través del diálogo educativo y sin imposiciones, los padres están llamados a educar en los hijos la voluntad y a desarrollar buenos hábitos e inclinaciones afectivas por el bien; cultivar en ellos su libertad ofreciendo modelos, exhortaciones también a través de sanciones positivas (cf. n. 264).

Hay buenas disposiciones a inculcar desde la edad temprana, para que sean valoradas y practicadas. Palabras clave como: "por favor", "gracias", "permiso" resuenan con frecuencia en el vocabulario del Papa Francisco (cf. n. 266).

Un paciente realismo lleva a pedir a los hijos sacrificios proporcionados y hacer una propuesta gradual de valores que vaya acompañada del buen ejemplo de los adultos. Se debe canalizar y *liberar* la libertad siempre sujeta a una serie de condicionamientos que, en algunos casos, hacen difícil si no imposible su ejercicio (cf. n. 273).

En nuestro tiempo en el que reinan ansiedad, prisa, velocidad tecnológica, es importante en la familia enseñar la capacidad de esperar. El "todo y rápido" es un engaño y no favorece la libertad, sino que la intoxica. Una libertad responsable sabe respetar la de los demás (cf. n. 275).

La familia es la primera escuela de socialización donde se aprende a compartir, respetar, ayudar, colaborar; donde se vive la proximidad y el servicio (cf. n. 276).

La alegría del amor pone de relieve también cómo el encuentro educativo puede ser facilitado o dificultado por la tecnología que, aun cuando es útil, no sustituye el diálogo personal y profundo (cf. n. 278).

La familia es también sujeto protagonista de una *ecología integral*, ambiente donde se experimenta la comunión y el cuidado mutuo, especialmente en caso de enfermedad. A menudo hay una tendencia a mantener a los hijos lejos del sufrimiento humano y de

ese modo su corazón se hace árido y se les insensibiliza al sufrimiento de los demás (cf. n. 277).

El Papa Francisco inserta la llamada a la educación sexual en el cuadro de una educación al amor y a la donación mutua para que no sea banalizada ni empobrecida.

Con respecto a esto, es importante hacer conscientes a los jóvenes de los muchos mensajes que los bombardean en sentido negativo; al mismo tiempo ayudarles a reconocer los aspectos positivos de la sexualidad. La educación tiene que tener cuidado de enseñarles a custodiar un sano pudor que proteja su interioridad. En lugar de centrarse en lo negativo, es necesario enseñarles las diferentes expresiones del amor, como el cuidado mutuo, la ternura, el respeto y valoración de la diferencia, ayudándoles a aceptar el propio cuerpo con sus características específicas que pueden ser desarrolladas de manera diferenciada en ambos sexos, teniendo en cuenta los intercambios sanos de roles (ver nn. 280-286).

Por último, la familia cristiana es espacio privilegiado de evangelización. Es el lugar donde resplandece la belleza de la fe, se aprende a orar y servir a los demás. La fe es un don gratuito, pero la confianza en Dios testimoniada por los padres, la dedicación al prójimo y los momentos de oración en familia pueden tener más fuerza que toda la catequesis. Los hijos, que crecen en una familia abierta a los demás también en el ámbito de la transmisión de la fe, a menudo se convierten ellos mismos en misioneros.

Es importante que crezcan en un estilo de relacionarse con el mundo que les ayude a hacerse cercanos a los enfermos, los ancianos, las personas excluidas. De esta manera la familia se convierte en sujeto de la acción pastoral, se abre a la acogida, promueve el bien común. Si resuena el alegre anuncio en el corazón de la familia, esta se convierte, a su vez, en fermento de evangelización en la sociedad (cf. nn. 287-290). Incluso cuando trabajamos en contextos donde otras religiones son una mayoría, podemos colaborar juntos en el crecimiento de los valores humanos y en la construcción de la cultura del encuentro que es la base de la paz.

¿Cómo, queridas hermanas, estas indicaciones nos interpelan como Instituto educativo? Tenemos el privilegio de poder llegar todos los días a un gran número de familias de todo el mundo: es un don que debe ser acogido con alegría y sentido de responsabilidad.

Deseo que las ideas para la reflexión lleven a la profundización de *La alegría del amor* en todas sus partes. Os invito a crear espacios adecuados para compartir experiencias y estudios, también con los laicos y laicas que viven con nosotras el carisma salesiano. Es un gran regalo que el Santo Padre nos ofrece y que deseamos llegue a ser una buena oportunidad para una conversión pastoral y misionera vivida en el estilo de nuestro Fundador.

En una realidad donde la familia fundada sobre el matrimonio es poco sostenida, reafirmamos el compromiso de educar a los jóvenes a la belleza de la familia según el proyecto de Dios. Además, la familia es el lugar natural para el nacimiento de vocaciones. La atención a la familia, por lo tanto, es también atención a las diferentes vocaciones en la Iglesia y en el mundo, es garantía de un mundo mejor, capaz de vivir la fraternidad universal y la paz.

"Caminemos, familias, continuemos caminando". Acojamos como dicha también a nosotras esta exhortación del Papa Francisco y pidamos a María que se haga compañera de viaje de nuestras comunidades y ayude a las familias a vivir un amor apasionado y responsable.

El Señor os bendiga.

Roma, 24 de Septiembre el año 2016

Affma. Madre

Sor Yvonne Reungoat fma